

C

omentar sobre el utilitarismo como característica peculiar del hombre contemporáneo, comienza por preguntarse si con semejante epíteto se le está dirigiendo al hombre actual una alabanza, o endilgándole un vituperio. Más aún, habría que cuestionarse primero si el utilitarismo es algo típico del presente, o si es un rasgo perenne de la humanidad y aun de la vida misma.

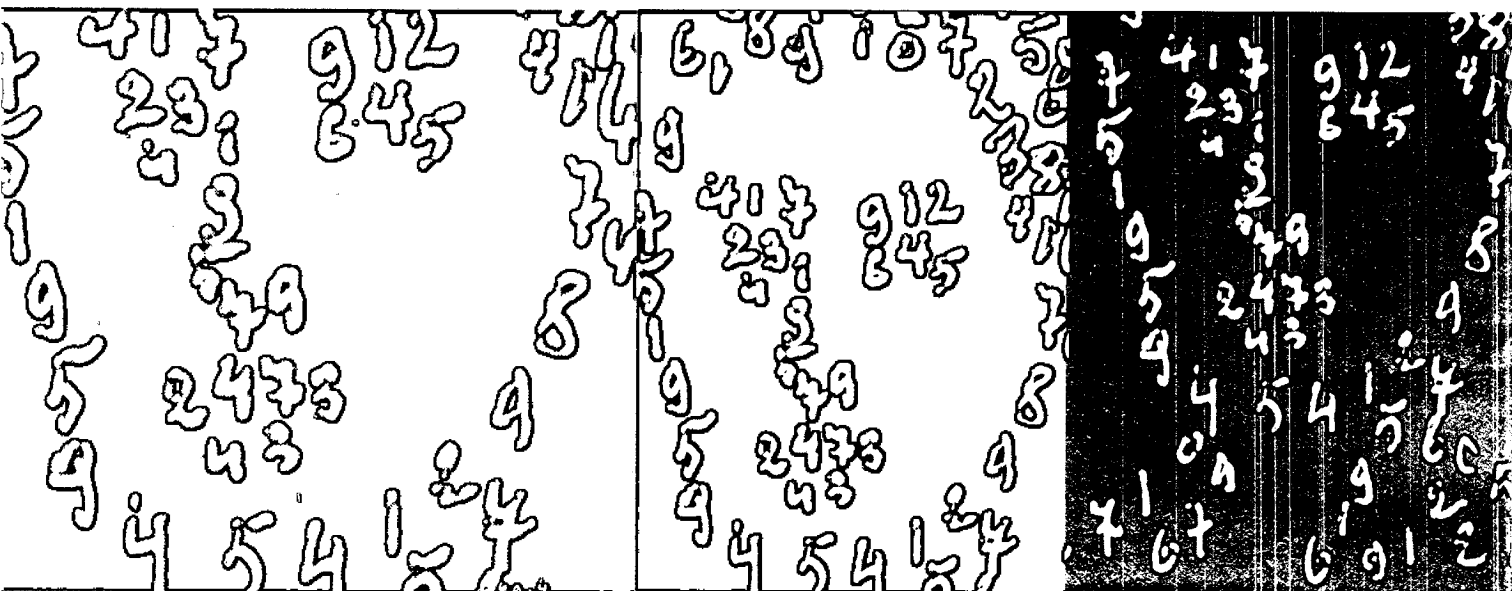
Porque la simple observación de la naturaleza permite concluir que estamos programados para funcionar, con más o menos sofisticación y disimulo, como el burro tras la zanahoria. Instintos básicos, como el de la alimentación para conservar la vida o el de la reproducción para ampliarla, están diseñados para que la necesidad se vea estimulada por la satisfacción. El amor entre padres e hijos, que por profundo que sea tiene más de animal y espontáneo que de racional y cultivado, ha posibilitado que los seres humanos hayan acompañado por milenios a sus vástagos en su largo proceso de desarrollo, tolerando y hasta celebrando en ellos lo que difícilmente soportarían en seres extraños. Las organizaciones sociales se constituyen y evolucionan porque sus miembros consideran que con ello obtienen más ventajas, que las que pueden lograr viviendo libres de todo compromiso o convención. Hasta las religiones suelen reforzar sus códigos y creencias con un conjunto variopinto de premios y castigos en esta vida y en la otra.

Utilitarismo: el egoísmo que llevamos dentro

Por otra parte, es verdad que este utilitarismo genérico tiene características específicas que lo identifican con la modernidad, ya que ha sido en tiempos relativamente recientes cuando este egoísmo que todos llevamos dentro ha sido reconocido en diversos contextos como un valor, y hasta proclamado como un elemento indispensable del progreso. El mérito o baldón de semejante atrevimiento es atribuido generalmente al filósofo, politólogo y jurista inglés Jeremy Bentham (1748 - 1832), aunque hoy sea más citado un párrafo escrito en 1776 por Adam Smith, que se ha convertido para muchos en confesión paladina del craso materialismo que predomina en las relaciones económicas y humanas, a partir de la revolución industrial, fomentado desde entonces por las corrientes de pensamiento que ven en el libre juego de la oferta y la demanda la mejor forma de organizar el conjunto de relaciones surgidas en la producción y el intercambio.

"El hombre reclama en la mayor parte de las circunstancias la ayuda de sus semejantes y en vano puede esperarla sólo de su benevolencia. La conseguirá con mayor seguridad interesando en su favor el egoísmo de los otros y haciéndoles ver que es ventajoso para ellos hacer lo que se les pide. Quien propone a otro un trato le está haciendo una de esas proposiciones. Dame

Hemos perdido una parte importante de aquel humanismo elemental, profundo y auténtico, que caracterizó a algunas épocas pasadas, quizás menos satisfechas materialmente, pero más centradas en el sentido último y transcendental de su existencia.



Se puede ser compasivo y sensible los fines de semana. Pero si se quiere conservar el trabajo, o tener contentos a los propios financiadores y accionistas, habrá que tomar entre semana un sinfín de decisiones que aplasten y marginen a quienes tienen menor capacidad de maniobra.

Entre la eficiencia y el utilitarismo

EDUARDO J. ORTIZ

*lo que necesito y tendrás lo que deseas ... y así obtenemos de los demás la mayor parte de los servicios que necesitamos ... No invocamos sus sentimientos humanitarios sino su egoísmo, ni les hablamos de nuestras necesidades sino de sus ventajas.*¹

Algo de eso había dicho pocos años antes, con más crudeza y desparpajo, Bernard Mandeville (1670 - 1733) en su Fábula de las abejas, o vicios privados beneficios públicos, llamada en una versión anterior Redención de los bribones.

La mayor parte de los críticos de la economía de mercado encuentra aquí una manifiesta confesión de parte y, como lo hizo otro juez famoso hace veinte siglos, se pregunta escandalizada: "¿Qué necesidad hay de testigos?".

Los científicos sociales partidarios de esta línea de pensamiento y acción responderán, por su parte, que ellos se limitan a poner en blanco y negro lo que ha sido siempre la forma de proceder de la humanidad, y que sólo tratan de sacar provecho de un rasgo humano que desde una perspectiva moralista puede ser calificado como limitación, pero que dada su presencia inevitable es mejor utilizar como motor y palan-

ca de adelanto y progreso.

Más aún, afirmarán que en muchos casos su aceptación abierta ha logrado un bienestar social infinitamente mayor, que el que fueron capaces de crear las prédicas anteriores de desinterés, desprendimiento y renuncia de las cosas materiales.

Un texto reciente sobre crecimiento económico ilustra esta afirmación con un ejemplo sacado del mundo del deporte.

"Representemos la historia de la humanidad en un campo de fútbol. Coloquemos la línea extrema de gol un millón de años antes de Cristo, que es una estimación conservadora del tiempo en que los humanos se comenzaron a distinguir de los demás primates. Pongamos la otra línea de gol en el año 2.000 ... La caza y la recolección ocupan las primeras 99 yardas de las 100 que tiene el campo de juego. La agricultura sistematizada comienza en la última yarda, el año 1 de nuestra era está apenas a 7 pulgadas del final, y la revolución industrial comienza a menos de una pulgada del extremo. En la historia de la humanidad, la era del crecimiento económico moderno tiene la anchura de una pelota de golf colocada al final de un campo de

fútbol"²

Desde una perspectiva más reducida, el mismo autor representa gráficamente el crecimiento de la población en los últimos dos mil años, tomado como aproximación del crecimiento de la riqueza, en una línea a ras de suelo y casi horizontal hasta 1.800, con una subida vertiginosa en los últimos doscientos años.

La razón de esta ruptura revolucionaria en la historia de la humanidad, dice él, estriba en que "sólo cuando los individuos se sintieron animados por la promesa creíble de obtener amplios beneficios por la vía del mercado, vino la corriente ininterrumpida de innovaciones tecnológicas". Algo parecido piensa el premio Nobel de Economía (1993) Douglass C. North, que asocia la aparición del progreso en la historia de la humanidad con la creación de instituciones, y la adopción de medidas políticas que favorecen y protegen la iniciativa privada, y el cobro de beneficios por la propia capacidad emprendedora e inventiva.³

Todavía podemos reducir más el panorama y contemplar la evolución reciente de las zonas rurales en varios países

desarrollados, que en cincuenta años han pasado de la mula y el arado a la utilización de una compleja y sofisticada maquinaria agrícola, y de la miseria al despilfarro. Hace apenas medio siglo, vender a los demás el producto del propio trabajo era una muestra de mal gusto y hasta casi una ofensa. Año tras año las cosechas se dedicaban al autoconsumo, el engorde de animales, la preparación de semillas y algún regalo. No había estímulo para sembrar o recoger excedentes, porque no estaba bien visto venderlos entre los vecinos (¿a quién se le iba a ocurrir semejante grosería?) ni existían mecanismos apropiados para llevarlos a un mercado distante.

¿No ha sido el utilitarismo, en éste y otros muchos casos, una fuente de bienestar y comodidad para amplios sectores de la población? Hay que recordar esto cuando se quiere desacreditar al egoísmo, porque quién más quién menos todos vivimos rodeados de servicios, posibilidades y artefactos que, como sentenciaba sabiamente Adam Smith, han sido puestos a nuestro alcance por gente que vio en su producción y comercialización una fuente de beneficio y provecho propio.

Cuando el río se desborda...

Dicho y rubricado todo lo anterior, podemos señalar también algunos rasgos no tan positivos, en las expresiones que este utilitarismo perenne y universal está manifestando en nuestros días.

Comencemos por constatar que el utilitarismo reciente ha ido englobando progresivamente entre los objetos disponibles a las personas mismas. Ya no sólo empleamos a las cosas para que nos sirvan, como en el viejo relato de la creación, sino que en gran parte de nuestras relaciones concebimos a los demás como fuente potencial de ganancias o pérdidas materiales, y los contratamos o despedimos, en el sentido directo del trabajo y en el indirecto de nuestras amistades y contactos diarios, en función de su efecto sobre nuestro prestigio social y nuestra riqueza.

Este trato aséptico y carente de compromiso, viene sin duda facilitado por el anonimato de las grandes ciudades. Así como el médico o la enfermera pierden progresivamente su sensibilidad ante la muerte para poder sobrevivir, así el ciudadano moderno pasa de largo ante la

vida y el dolor ajenos para poder llegar a su destino.

Hasta cierto punto esta tendencia es irreversible, y sirve de poco lamentarse por ella. Pero en el ritmo febril del trajinar diario, hemos perdido una parte importante de aquel humanismo elemental, profundo y auténtico, que caracterizó a algunas épocas pasadas, quizás menos satisfechas materialmente, pero más centradas en el sentido último y trascendental de su existencia.

Hoy la división del trabajo nos permite eludir el sufrimiento ajeno, encomendando su alivio a un conjunto de agencias u organismos que tienen asignado ese objetivo, de la misma manera que otros se dedican a repartir el correo, alumbrar las autopistas o limpiar las calles. Porque las personas con las que nos rozamos día a día, hace tiempo que dejaron de ser prójimos.

Otro elemento perturbador en esta globalización moderna de mentalidades y mercados, estriba en la homogeneización de comportamientos que conlleva. Antiguamente, ante la precariedad de la existencia, cabrían al menos dos posturas que tradicionalmente han sido tipificadas en una visión simplista del Epicureísmo y Estoicismo de la Grecia Clásica.

Unos cultivaban un cierto hedonismo morigerado, y buscaban prolongar lo más posible el goce de la vida, aprovechando la satisfacción que les podían ofrecer las escasas comodidades de una existencia medianamente holgada.

Otros, siguiendo el viejo principio de que para no sufrir por lo percedero lo mejor es no apegarse a ello, se inclinaban por una vía de discreto distanciamiento, apoyada muchas veces en motivaciones religiosas que relativizaban el presente y enfatizaban su caducidad.

Hoy ya no hay lugar para esta segunda propuesta. La Escuela Austríaca ha decidido, hace más de un siglo, que la teoría económica de la demanda debe ser abordada presuponiendo que el ser racional busca maximizar su utilidad o satisfacción en el consumo. El asceta es una excepción molesta que no cabe en el análisis, y además dada su escasez puede ser pasado de largo sin que la teoría pierda su vigencia.

Lo impresionante no es que se teorice bajo esta hipótesis, sino que ella funciona tan adecuadamente para explicar

la realidad. Hoy las presiones del trabajo obligan a la mayoría de las personas a vivir en la tensión aceptada de una doble moralidad. Se puede ser compasivo y sensible los fines de semana, y respetar la vida animal y vegetal en excursiones campestres con la meticulosidad de un ecologista obsesionado. Pero si se quiere conservar el trabajo, o tener contentos a los propios financiadores y accionistas, habrá que tomar entre semana un sinfín de decisiones que aplasten y marginen a quienes tienen menor capacidad de maniobra, y pueden ejercer menos presión en el forcejeo diario del "quítate tú para que me ponga yo".

Y como el fin de semana dura apenas dos días y a nadie le pagan un sueldo por no trabajar, la esquizofrenia del día a día se soluciona descartando progresivamente a la personalidad que se comporta con más gratuidad, pero desde los estándares modernos con menos eficiencia; y la moralidad del negocio termina por colarse e invadir los últimos resquicios poéticos y "humanitaroides" de los Robin Hood contemporáneos, hasta barrerlos del espacio. Hasta las donaciones son hoy, muchas veces, una forma elegante de evadir impuestos.

Pero dicho esto, no queda mucho más que comentar. Quizás lo único que podamos hacer, sea esforzarnos por mantener abierto el reto de compaginar las exigencias encontradas de una forma de ver la vida, que en los tiempos modernos ha volcado sobre nosotros, como una caja de Pandora, un cúmulo de regalos y beneficios, junto con la desesperanza de compartirlos alguna vez con otros de una forma pacífica y solidaria.

1. La riqueza de las naciones. FCE, México, 1984 (4ª Reimpresión) L.I.C.II, p.17.
2. Charles I. Jones. Introducción to Economic Growth. W.W. Norton, New York, 1997, pp. 80-81.
3. Structure and Change in Economic History. W.W. Norton, New York, 1981.

EDUARDO J. ORTIZ
Economista, Director del Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales de la UCAB